

VENEZUELA:
Tráfico mercantil, secesionismo polí
e insurgencias populares

Miquel Izard

I. LA COYUNTURA

Como las restantes sociedades indianas, la que se gobernaba desde Caracas comercializaba un elevado porcentaje de su producción, pero algunos rasgos peculiares la diferenciaban de otras sociedades coloniales. En primer lugar, la parte del excedente comercializada en el exterior era muy grande o, dicho de otra manera, los intercambios internos eran mínimos. En segundo lugar, este excedente estaba compuesto casi exclusivamente por materias primas (melaza, algodón, añil o cueros) o por coloniales estimulantes o edulcorantes (cacao, café, tabaco o azúcar) que ni podían ser absorbidos por el mercado interno, si existían dificultades para exportarlos, ni podían conservarse mucho tiempo pues eran perecederos; sólo una parte de los bienes pecuarios (mulas, reses en pie o tasajo) se vendían en la misma colonia o podían almacenarse en espera de coyuntura más favorable. En tercer lugar, no tenían trascendencia alguna los metales preciosos o similares. En cuarto, y debido a las dos últimas características enunciadas, la provincia de Caracas había ingresado relativamente tarde en el comercio colonial, cuando la Metrópoli, que ya se había conformado casi exclusivamente con las regiones productoras de plata, no sólo se desinteresaba de las demás producciones, sino que era excesivamente débil frente a otras potencias que gracias a estos productos indianos se enriquecían a la vez que socavaban la ya maltrecha capacidad mercantil española.

Desde el comienzo pues, la comercialización de los excedentes venezolanos se realizaba mayoritariamente por una vía formalmente clandestina, pero sabida y tolerada, con holandeses, franceses, ingleses, etc., y sólo una parte variable del cacao se colocaba en la Nueva España o era extraída por la Compañía Guipuzcoana. Por ello, la evolución de las producciones o la posibilidad de diversificarlas no dependía de factores internos sino de unos factores externos sobre los que la oligarquía agropecuaria colonial tenía bien poca o nula capacidad de maniobra.

Así, antes y después de 1810 Venezuela era una sociedad agroexportadora, que colocaba la mayoría de sus excedentes en el exterior y en la que no se produjeron entre 1810 y 1830 mutaciones materiales cualitativas, mientras que desde bastante antes de 1810 sí se habían iniciado transformaciones determinantes en algunas potencias europeas y en los Estados Unidos que provocaron cambios revolucionarios en el comercio atlántico.

Desde esta perspectiva pienso que la coyuntura material de Tierra Firme sigue dos líneas de tendencia, una de crecimiento y otra de desaceleración, ensambladas por una bisagra situada aproximadamente en la década de 1790. Hasta ésta, y desde un momento que, sin lugar a dudas, se sitúa antes de 1700, se conjugaron alza de precios en el mercado exterior y respuesta de la oligarquía colonial, que iba incrementando la producción para beneficiarse de aquellos.

De este período, al que se puede seguir llamando expansión del dieciocho aunque abarque un lapso cronológico más amplio, quisiera enfatizar dos aspectos: no existe la menor duda de que la expansión, en la que la oferta y la demanda americanas jugaron un rol primordial, arrancó de las Trece Colonias, Inglaterra, Francia, Holanda y alguna potencia o ciudad más de Europa. Contrariamente, no está tan claro que el crecimiento material en España fuera bastante considerable como para alterar sustancialmente las vinculaciones mercantiles con su imperio colonial.

En relación con este segundo punto hay un considerable abanico de pareceres, desde quienes afirmaban que el reformismo borbónico hispánico provocó el crecimiento económico indiano hasta quienes piensan que a pesar de la expansión del comercio entre la Península y sus Indias aquella conseguía un porcentaje cada vez menor de lo producido en América, pasando, pongo por caso, por aquellos que sin opinar lo primero creen que los ilustrados de la corte madrileña intentaron y provocaron un espectacular crecimiento de los intercambios atlánticos gracias a una reconquista del imperio colonial, al que convirtieron en la pieza clave de la expansión económica metropolitana en detrimento de la autonomía de hecho conseguida por las oligarquías coloniales, como mínimo, desde mediados del siglo XVII.¹

He dicho que la bisagra puede situarse hacia la última década del setecientos; aunque desconocemos todavía las causas, sabemos que por estos años cayó en picado la demanda novohispana de cacao venezolano, aceleradamente desplazado por el de Guayaquil, a la vez que el mercado

1 Es sumamente sugerente y renovadora la tesis, todavía inédita, de Delgado Ribas (Ms. 1981). Personalmente he intentado un estado de la cuestión (Izard 1984).

metropolitano que, recordémoslo, no pagaba en plata, era incapaz de absorber la producción que rechazaban los mexicanos. Ante esta mutación, aparentemente muy brusca, la oligarquía caraqueña adoptó dos salidas, una a corto y otra a medio plazo:² para que no se desmoronaran sus ingresos mercantiles, aumentó su presión sobre los Llanos a fin de comercializar en las Antillas mayores cantidades de animales en pie o tasajo; este incremento de presión tuvo considerables consecuencias sociales, puesto que se desataron enfrentamientos con los llaneros cimarrones (quienes cada vez eran más a medida que aumentaba el número de los forajidos que huían del norte productor). A medio plazo, y para no desaprovechar las tierras y la mano de obra dedicadas al cacaotero, fue sustituyendo estas matas por las del café, que naturalmente tardarían varios años en dar frutos.

Como ya he dicho, por estas mismas fechas se produjo otro cambio: la consolidación final del capitalismo supuso, no ya una expansión, sino un desquiciamiento en los intercambios mundiales y más concretamente en los atlánticos. Durante el Antiguo Régimen se daba una especie de trueque equitativo: Las Indias proporcionaban coloniales y grandes cantidades de plata, y recibían manufacturados europeos (que sólo podían consumir, por el elevado coste de los fletes, la oligarquía y sus adláteres) y miles de esclavos para producir más coloniales.³ Los grandes beneficios acumulados en la ruta triangular y, por encima de todo, el brutal incremento, más o menos coercitivo, de la demanda africana o americana, dieron lugar a este fenómeno tan complejo que seguiremos llamando revolución industrial. Un nuevo tipo de intercambios se fue estructurando paulatinamente a través de un proceso que iba a durar bastante más de una centuria. Las regiones indianas proporcionaron cada vez mayores cantidades de materias primas, alimentos o coloniales, para los que regirían en pago, en el mercado mundial, precios cada vez más bajos, y los metales preciosos casi desaparecieron. A su vez Estados Unidos y las potencias europeas enviarían a América, en primer lugar, los productos

2 Sobre la caída de la demanda del cacao existe abundante información en las actas del cabildo caraqueño.

3 La expresión "trueque equitativo" puede parecer exagerada y prestarse a confusión. Con ella quiero exclusivamente enfatizar que hubo una gran diferencia entre el comercio en el período colonial, incluso cuando mayoritariamente ya no lo controlaba la Metrópoli (el valor de los productos intercambiados no era muy dispar y en varias regiones el saldo era favorable para las colonias), y el comercio que empezó a organizarse desde finales del siglo XVIII, el intercambio desigual que, como señalo de inmediato, era crecientemente desfavorable para las nuevas repúblicas de la América periférica.

de la revolución industrial, bienes de escasa calidad pero cada vez más baratos (aunque el descenso de estos valores nunca fue tan rápido como el de los productos americanos) que irían arruinando, una tras otra, las manufacturas indianas; en segundo lugar, ya no esclavos, sino excedentes humanos de los mismos países europeos; y en tercero, crecientes cantidades de capitales para ser invertidos coercitivamente en el Nuevo Mundo. Volveré sobre las características de estos intercambios para Venezuela en el apartado IV.

II. LOS ANÁLISIS MERCANTILES

Es considerable el número de estudiosos que ante la trascendencia de los intercambios en la provincia de Caracas han analizado el comercio exterior, no sólo para cuantificarlo, sino también para intentar inducir de esta información cuantitativa algunas pistas sobre la economía y la sociedad de Tierra Firme.

La disparidad de fuentes y su ubicación, los cambios administrativos y burocráticos después de 1821 y las absurdas divisiones académicas del pasado que todavía rigen, determinando algunos de los cortes cronológicos de las pesquisas, tienen parte de la culpa de que la mayoría de los análisis abarquen exclusivamente el período colonial o el republicano; ello dificulta entroncar los trabajos sobre el período anterior a 1810 con los del posterior a 1830, deja sin información décadas tan importantes como las dos que transcurrieron entre ambas fechas y puede conducir a curiosas confusiones.

Por añadidura, y por el momento necesariamente, todos los análisis se basan en la información oficial. Que yo sepa no se han descubierto fuentes indirectas, lo que significa que sólo conozcamos los intercambios legales y apenas sepamos algo del contrabando o comercio ilícito que, al parecer, representaba porcentajes muy altos de la comercialización total.⁴ También pienso que el tráfico que pasaba por las aduanas, y era contabilizado en las mismas, no representaba necesariamente un porcentaje constante de toda la producción, por lo que ni siquiera en este sentido sería indicativo. El caso del azúcar es paradigmático, desconocemos las causas de que sólo muy esporádicamente aparezca en las informaciones oficia-

4 Al parecer, el profesor Ramón Aizpurua ha localizado en los Países Bajos abundante información que le permitirá, como mínimo, una primera aproximación al contrabando neerlandés.

les, a pesar de que ya no queda duda alguna de que ocupaba un lugar muy importante dentro de la agricultura venezolana.

Para el período colonial contamos ya con la tesis de Belín Vázquez,⁵ y sabemos que están recopilando información o tienen ya trabajos en la imprenta Ramón Aizpurua y los profesores Arcila Farías y Lucena Salmoirag.⁶

Sobre el período republicano, al margen de algún estudio pionero, disponemos de una publicación bien reciente de Yoston Ferrigni,⁷ quien, al margen de haber reelaborado información cuantitativa ya recopilada, plantea una serie de sugerentes hipótesis e informaciones: insiste repetidamente en la trascendencia del contrabando y sus causas; desde el principio hace hincapié en que la política fiscal venezolana, que fue desgravando las exportaciones y sobregravando las importaciones, provocó que el viejo recurso al contrabando, como mínimo para las segundas, no desapareciera, ni mucho menos, con la consolidación de la independencia política formal; sobre ello vuelve repetidamente, y llega a intuir una exportación clandestina, a pesar de que los aranceles habían casi desaparecido, precisamente para costear mercancías ilegalmente introducidas.

Otro punto enfatizado por Ferrigni es la considerable cuantía de la moneda y metales preciosos extraídos, no para pagar importaciones y equilibrar la balanza comercial, sino para amortizar los cuantiosos empréstitos contraídos, especialmente con capitalistas foráneos, lo que suponía una disminución considerable de la capacidad importadora teórica en unos intercambios que ya se saldaban en principio con déficit para Venezuela.

Por último, me llama la atención que no comente la no aparición de azúcar entre los productos exportados, cuando, insisto, hoy ya sabemos de la trascendencia del cultivo de la caña, pero seguimos sin poder explicarnos el por qué de esta machacona insistencia (que a mí me sigue dejando perplejo) en no figurar ni en el período colonial ni en el republicano en las informaciones cuantitativas sobre el comercio exterior (Ferrigni 1983: *passim*, esp. 10, 23, 30 y 48).

5 Existe un resumen de su tesis (Vázquez de Ferrer 1982).

6 Los profesores Arcila y Lucena presentaron un avance de sus trabajos en el congreso que organizó la Academia de la Historia de Venezuela con motivo del bicentenario de Bolívar en julio de 1983.

7 Ferrigni (1983). Lamentablemente la presentación de este trabajo deja que desear, faltan notas, párrafos y páginas enteras, lo que dificulta la lectura; y, curiosamente, no hay gráficos, que habrían sido muy informativos, especialmente para "ver" con más claridad informaciones esparcidas por distintos cuadros.

III. COMERCIO EXTERIOR E INDEPENDENCIA

La vinculación entre apetencia oligárquica de una mayor libertad comercial y secesionismo político es uno de tantos mecanicismos en la interpretación del pasado venezolano al que muchos hemos colaborado. Obviamente, al nivel de nuestros actuales conocimientos, y en la casi imposibilidad de negar la autonomía con que actuó la oligarquía criolla caraqueña, ya sólo pueden creer en tal vinculación quienes también opinan, como ya he señalado, que el intento reconquistador de los borbones se saldó con éxito. Curiosamente, esta interpretación se sigue esgrimiendo cuando nuevas investigaciones y nuevas propuestas interpretativas van derribando, uno tras otros, los apoyos sobre los que se sustentaba, o a pesar de que esta lectura convencional ponga en evidencia que los secesionistas obtuvieron resultados contradictorios con las supuestas proposiciones iniciales.

El que con bastante posterioridad a los hechos se cayera en la cuenta de que casi coincidieron cronológicamente la Guerra de la Independencia y el inicio del creciente atraso material, en lugar de provocar un replanteamiento de las causas que llevaron al secesionismo y un nuevo análisis sobre los grupos sociales que lo protagonizaron, todo lo cual es, al parecer, incuestionable, ha obligado a hablar de fatalidad o de traición. En el segundo caso, un grupo de personas bien concretas, aborígenes y forasteros, habrían desvirtuado los propósitos del primer momento para reconducir el movimiento en beneficio propio y/o de las potencias europeas.

En el trabajo de Ferrigni esta interpretación aparece reiteradamente como el hilo conductor de las relaciones entre comercio y política a lo largo de toda la obra. Durante el siglo XVIII la expansión económica de la Metrópoli exigió el crecimiento de los intercambios con las Indias, pero en beneficio de la primera y, por lo tanto, en detrimento de las colonias o, lo que es lo mismo, con "un recrudescimiento de la explotación colonial, dentro de una política de españolización del imperio español", que quiso hacer de éste el principal elemento del crecimiento material hispánico. A la vez se producía la expansión económica del resto de Europa, especialmente de la Gran Bretaña, que también quería beneficiarse del mercado indiano. Usando de un críptico eufemismo nuestro autor señala que "la coyuntura de principios del siglo XIX dejó a España sin capacidad para mantener el control de su imperio colonial" y sigue con la ilusión, ahora incorporando sin mencionarlo, uno de los elementos sugeridos por las nuevas interpretaciones: la invasión napoleónica habría

significado un segundo motivo para que la oligarquía criolla no sólo rechazara el afán reconquistador sino que, además, temiera “no poder escapar a la misma suerte que se avecinaba para la metrópoli”, y a partir de este momento ya no habría vacilado en absoluto en considerar la Independencia “como imperativo relativamente fácil de realizar”. Aunque, dadas las circunstancias, el imperativo, quizás, más que fácil fue necesario.

Pero bien pronto habría llegado el desencanto, “la realidad” [sic] no tardó en evidenciar lo quimérico del proyecto oligárquico: la liquidación del poder colonial en beneficio del mantuanaje y la apertura al mercado mundial no condujeron al crecimiento económico y al progreso, sino a todo lo contrario pero, por añadidura, después de 1821 a un intercambio desigual se añadió una deuda externa, que había que amortizar, la más grave de las calamidades de la guerra secesionista (Ferrigni 1983: 3-6, 70 y 98).

Este es otro punto a debatir, el de las devastaciones provocadas por la contienda. Ferrigni menciona repetidamente en su trabajo la recuperación material al finalizar aquella. Dice que probablemente en 1821 ya se había iniciado el crecimiento de la producción y de la exportación; pocas páginas antes afirmaba que la expansión había tenido lugar entre 1828 y 1841, que en muy pocos años “los dañinos efectos de la guerra sobre la producción comenzaron a desvanecerse”, y que en esta recuperación jugó un importante rol el café, al que califica de producto “relativamente nuevo”, si bien parece que su auge fue anterior a 1810; y páginas después constata que entre 1828-1829 y 1841-1842, en trece años, el valor de las exportaciones había aumentado en 194,03%, con una tasa media de crecimiento anual de 8,65%, lo que le permite reiterar que la recuperación de las destrucciones provocadas por la guerra había sido muy rápida, aunque él mismo señala que no ha utilizado informaciones sobre la producción anteriores a 1810 (Ferrigni 1983: 16, 18 y 22).

Pienso que deberíamos replantearnos estas estimaciones. En primer lugar podríamos preguntarnos si el tan espectacular crecimiento del valor de las exportaciones legales entre 1828 y 1841 refleja, verdaderamente, una casi taumátúrgica expansión de la producción o meramente un incremento del control de las autoridades aduaneras sobre la comercialización total. En segundo lugar, debemos tener presente que los períodos de enfrentamiento en el norte fueron relativamente breves y pusieron en juego una cantidad pequeña de combatientes. Si la guerra hubiese sido tan devastadora, como yo mismo he afirmado anteriormente, se haría difícil creer en una recuperación tan meteórica de unos cultivos de plantación (Izard 1979a: *passim*).

Contrariamente, en el Llano hubo enfrentamientos de 1810 a 1821 (pero también antes y después), que afectaron a todos sus habitantes; aquí, uno y otro bando podían apoderarse de animales como montura o para subsistir, lo que significó, como máximo, esperar uno o dos años para recuperar los anteriores niveles de comercialización; pero ni los que se autocalificaban de propietarios podían estar interesados en la exterminación de lo que llamaban sus rebaños, ni sus oponentes, los llaneros cimarrones, los insurgentes, podían, ni por principio ni en principio, organizar matanzas sistemáticas de cuadrúpedos: porque como conservacionistas sabían que no debía romperse el equilibrio natural, y porque ellos, que querían seguir sobre el terreno, jamás pensaron en el suicidio colectivo que habría supuesto liquidar las fuentes de donde obtenían los animales imprescindibles como montura o como alimento.

Desafortunadamente no tenemos, y creo que nunca las tendremos, informaciones creíbles sobre producción y comercialización reales de antes y después de 1810, pero cabría la posibilidad de que las variaciones cuantitativas no hubieran sido tan bruscas como algunos habíamos creído.

Como colofón de este apartado insisto en que, a mi juicio, el control metropolitano ya hacía tiempo que había periclitado y en que la apertura al mercado mundial era muy anterior a 1810, de lo que se podría extraer una conclusión general: Si la Independencia, como todavía afirman tantos, fue provocada por el afán oligárquico de comerciar más libre y ventajosamente fuera del marco hispánico, la empresa se saldó negativamente, pues los intercambios entre Venezuela y el resto del mundo fueron menos favorables para la primera después de 1830 que antes de 1810. Si contrariamente, el afán oligárquico de controlar transparentemente el gobierno, desde 1808, fue para no depender de un rey heredero de la Revolución Francesa en un momento en que las insurgencias internas o en el Llano eran más graves y, por tanto, mayor el riesgo de perder el control sobre unos mecanismos de poder que tanto tiempo hacía que detenían de hecho, si el mantuanaje ya comerciaba, más o menos clandestinamente, con quien quería desde hacía décadas y si el inicio de los intercambios desiguales fue anterior a 1810, posiblemente de finales del siglo XVIII, las cuestiones mercantiles tuvieron bien poco que ver con el afán secesionista de los grandes propietarios.

IV. COMERCIO EXTERIOR Y SUBDESARROLLO

Los intercambios desiguales repetidamente mencionados eran, sin duda alguna, una de las consecuencias más evidentes del subdesarrollo material de Venezuela, así como de las otras nuevas repúblicas de la América Latina, frente a los países capitalistas centrales. Pero a la vez, y lógicamente, eran uno de los caminos a través de los cuales Tierra Firme era cada vez más dependiente y pobre obviamente en beneficio de aquellos.

Las características del nuevo sistema de intercambios son claras e incluso pueden detectarse nítidamente a través de la información oficial sobre el comercio exterior: No cesó de crecer el valor de las importaciones, más rápidamente que su volumen, a la vez que decrecía el valor de lo exportado aunque aumentase su peso, pues los países capitalistas centrales provocaban que la oferta fuese mayor que la demanda favoreciendo incrementos de la producción no sólo en las regiones tradicionales sino también en sus nuevas colonias, primero las orientales y más tarde las africanas. Por añadidura, otro de los aspectos del intercambio desigual fue que los países capitalistas centrales se convirtieron ellos mismos en competidores, produciendo directamente (por ejemplo los Estados Unidos algodón en el sur y azúcar en sus plantaciones cubanas) o elaborando sucedáneos (anilina que desplazaría al añil, o azúcar de remolacha que desbancaría al de caña).

Sería ahora cuando las características materiales indianas, que no habían variado desde el período colonial, empezarían a considerarse factores del atraso, olvidando las más de las veces que la causa principal no eran ellas, sino las relaciones con unas metrópolis que se habían transformado cualitativamente: empezarían las quejas sobre el carácter agroexportador de la sociedad venezolana, o sobre la monoproducción, que ahora lo sería de café como antes lo había sido de cacao y había provocado la prosperidad de Tierra Firme, y empezarían las letanías de lamentaciones atribuyendo todos los males, como una especie de fatalismo, al negocio cafetero, cuando este producto no tenía evidentemente arte ni parte en unos problemas provocados no donde se producía sino por parte de quienes lo malcompraban.

Por añadidura, la caída en el mercado internacional de los precios pagados a los bienes comercializables provocó graves problemas de mano de obra: dejó de ser rentable la adquisición de esclavos, cada vez más caros, y no podía pensarse en pagar salarios estimulantes a la mano de obra libre. El recurso a diferentes formas de coerción provocó un incremento de las

insurgencias que los nuevos gobiernos no podían sofocar por escasez de medios. Un nuevo aspecto del círculo vicioso sobre el que volveré.

V. COMERCIO, OLIGARQUÍA Y CONTROL DEL PODER

Insisto de nuevo en que para mí una consecuencia determinante del cariz de la Guerra de la Independencia fue que la oligarquía agropecuaria, que ya controlaba de hecho el poder en el período colonial, pasó a hacerlo también de derecho y de una forma transparente en el período republicano, y que desde el poder los gobiernos del nuevo estado representaron y defendieron exclusivamente los intereses del reducido grupo de grandes propietarios de tierra en el norte o en los Llanos. Este despotismo nunca fue amortiguado por la aparente democracia parlamentaria, cuando la hubo, que los beneficiarios de la contienda estuvieron dispuestos a otorgar. Todo ello tuvo diversas consecuencias: para organizar el nuevo estado, si se quería contar con una burocracia medianamente eficaz, si se pensaba en mantener un ejército y si se debían pagar las deudas originadas durante la guerra, se necesitaban recursos. Ferrigni (1983: 76) ha señalado que era difícil conseguirlos dada "la pobreza del fisco de un país pobre". Sin duda alguna Venezuela era un país pobre por subdesarrollado y tan pobre como el resto de los países dependientes. Tierra Firme, que había sido, como mínimo durante las últimas décadas del período colonial, una de las regiones más prósperas de las Indias, antes de 1810 podía intentar cubrir el déficit presupuestario con la plata de los situados, procedente de las regiones en las que se producía. Contrariamente, desde 1830, los ingresos ya sólo podían obtenerse en la misma república, pero quienes controlaban el poder no estaban dispuestos a pagar ni siquiera unas fuerzas garantes del orden que les permitiese obtener el mayor beneficio posible, y la inmensa mayoría de la población en nada podía contribuir por mucho que la estrujaran los empleados del fisco. En estas circunstancias los primeros pensaron en obtener recursos de las aduanas, pero dado que no cesaron, desde el gobierno, de reducir los aranceles de exportación sobre los bienes que sus tierras producían y a los que desesperadamente intentaban hacer más competitivos en los mercados internacionales, se vieron obligados a incrementar constantemente los aranceles sobre los bienes importados, y su encarecimiento provocó, de nuevo como en el período colonial, la expansión del contrabando. Sin embargo, quien podía recurrir a él con menor riesgo era la oligarquía, por-

que naturalmente los encargados de impedirlo no iban, en última instancia, a perseguir a quienes mandaban y pagaban; la misma oligarquía que constituía casi el único grupo social con una capacidad significativa de importar bienes de consumo o *inputs*, dado que la gente menuda podía comprar bien pocos bienes importados, cada vez más caros a medida que disminuía su capacidad adquisitiva.

Consecuencia de lo anterior fue que un ejército pequeño, mal pertrechado y peor pagado, dada la penuria de recursos, debía hacer frente, con escaso éxito, a la creciente insurgencia popular que se oponía a una transformación que perjudicaba a la inmensa mayoría; y si antes de 1810 podía intentarse convencer a los rebeldes de que el causante de sus males era el mal gobierno, metropolitano por supuesto, o en última instancia, si era necesario, el rey, a partir de 1830 quedaba nítidamente claro que estado, gobierno y mantuanaje eran una misma cosa, y las insurrecciones, en constante incremento, serían contra este conjunto, trino y uno a la vez. Por añadidura, como ya sabemos, los productos ganaderos volvieron a representar un elevado porcentaje de los bienes exportados. Repito que la información oficial no refleja necesariamente la evolución del comercio real, pero no cabe duda alguna de que después de 1830 la oligarquía nortea presionó otra vez sobre el Llano en búsqueda de mayores bienes pecuarios, que esta presión degeneró en una nueva, y tan violenta como la anterior, insurgencia de los llaneros en defensa de sus tierras y sus formas de vida, y que esta insurgencia culminaría en la llamada Guerra Federal.⁸

Según Ferrigni, la década de los cuarenta se cerraba para el erario con “una búsqueda desesperada de fuentes adicionales de ingresos dentro de una situación de depresión en la cual no parecía aconsejable el establecimiento de nuevos impuestos, ni había posibilidades de obtener financiamiento para atender los gastos del sector público” (Ferrigni 1983: 127). Era el círculo vicioso del subdesarrollo. Si las insurgencias populares fueron una de las causas de que la oligarquía optara por la independencia, el resultado final de la contienda supuso una nueva organización social que no hizo sino radicalizar el malestar de los desposeídos, que continuaron su rebeldía, incrementándola, y pusieron reiteradamente en peligro la viabilidad del proyecto republicano organizado por el mantuanaje.

8 Véase una primera aproximación a esta temática en Izard (1982).

VI. APÉNDICE: LA PRODUCCIÓN AZUCARERA

A lo largo de las notas precedentes me he referido más de una vez a la escasez de información sobre la, sin duda abundante, producción azucarera y quizás tenga alguna utilidad el siguiente estado de la cuestión pergeñado con la bibliografía existente. Pero bueno será recordar en primer lugar que cualquier análisis sobre las plantaciones indianas va a enfrentarse con una grave dificultad: debido a que se desarrollaron contraviñendo las leyes de Indias, no existe información directa sobre ellas, buena parte de sus productos no aparecen en los registros oficiales de comercio colonial, y no tienen validez alguna las informaciones archivísticas sobre la importación de mano de obra esclava. También eran fraudulentos los intercambios entre las Indias y las posesiones de otras potencias europeas, o entre esas posesiones y sus respectivas metrópolis, y por añadidura, apenas se han conservado (o no han sido todavía localizados) archivos de plantaciones, por lo que son mínimos los estudios monográficos.

Aparentemente, la aparición de plantaciones en las costas continentales del Caribe fue bastante posterior a la irrupción europea. Así, por ejemplo, la comercialización de cacao, un producto autóctono, por los castellanos de Venezuela, fue un fenómeno de la segunda mitad del siglo XVI; de 1567 y de los años siguientes se poseen ya algunos documentos sobre la entrada, lícita o fraudulenta, de esclavos negros; en 1585 ya existían cumbes de esclavos fugitivos cerca del lago de Maracaibo; y en 1590 se solicitaba autorización real para introducir dos o tres mil negros. En el documento de la última fecha se mencionaban dos hechos que después tendrían una gran trascendencia, como ya lo he señalado, para la Colonia: los Llanos ya proporcionaban cantidades considerables de ganado mayor, a la vez que se convertían en zona de refugio para quienes eran acosados por los conquistadores, en esta etapa precisa, concretamente, indios caribes (Troconis de Veracochea 1969: 21-40, 79-80 y 94-97).

Durante esta primera época los castellanos controlaban inquestionablemente casi todo el Nuevo Continente recién conquistado, sólo se interesaban en drenar hacia la Metrópoli metales preciosos, y la mayoría de los bienes agropecuarios o se consumían en cada colonia o se comercializaban, como máximo, hacia los grandes centros, el Perú, la Nueva España o las Antillas mayores.

A partir de 1588, derrota de la Armada Invencible, la interacción de una serie de factores varió notablemente el panorama en el Caribe. Castilla, más vulnerable en el mar por la pérdida de su flota, debió concentrar sus

recursos en la carrera de la plata. Comerciantes y/o piratas, súbditos de otras coronas europeas, fueron haciéndose con porcentajes cada vez mayores del comercio atlántico, a la vez que aquellas se apoderaban de extensiones más grandes o más pequeñas del Continente.

Las potencias europeas ocuparon islas o enclaves en la zona del Caribe esencialmente con tres fines: bases logísticas en las guerras marítimas; factorías que facilitaran el contrabando y/o la piratería; tierras donde producir bienes coloniales, en especial azúcar, que en algunos casos ya se producía en ellas con anterioridad y era exportado fraudulentamente, con lo que las nuevas metrópolis se limitaban a ocupar políticamente zonas que ya controlaban económicamente.

Fueron los holandeses los que tomaron la iniciativa en este campo: a principios del siglo XVII sustituyeron a los británicos como principales contrabandistas en el Caribe y ocuparon las salinas de Araya en la costa de Venezuela; entre 1621 y 1624 consiguieron instalarse en la Guayana; en 1630 se apoderaron de Pernambuco, la zona noreste del Brasil productora de azúcar (donde permanecieron hasta 1645), así como definitivamente de algunas Antillas: Tobago (1632), Curazao (1634), San Eustaquio (1635) y San Martín (1641).

Para algunos autores las ocupaciones holandesas, y las de otras potencias, favorecieron la expansión de los cultivos de plantación en los territorios conquistados o en regiones hispánicas vecinas; para otros, los enclaves arrancados a los españoles sólo habrían servido para intensificar el control sobre una producción que ya comercializaban los europeos no hispánicos desde hacía algún tiempo. También cabría la posibilidad de que la apetencia de los holandeses por las zonas azucareras del Caribe aumentara a raíz de su expulsión del noreste brasileño, y que centraran su atención especialmente en Venezuela, donde ya existía una notable red de plantaciones que exportaba tabaco y cacao (por la vía legal o la clandestina), a Europa o al resto de las Indias, si bien la ruta más importante, con mucho, era la que abastecía de cacao a la Nueva España.⁹

Una serie de cambios decisivos se produjeron a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII: por una parte, la producción de azúcar en el área del Caribe no cesó de crecer, en detrimento del Brasil, donde cayó considerablemente, entre otras causas por el cese del control portugués sobre la costa atlántica africana, fuente de abastecimiento de mano de obra esclava, y por la política mercantilista de las demás potencias europeas,

9 Sobre este importante tráfico es sobradamente conocida la obra de Arcila Farías (1950).

que cerraron sus mercados al azúcar que no procediera, oficialmente, de sus posesiones; por otra parte, se inició el enfrentamiento entre Inglaterra y Francia por el control territorial del Caribe.

El siglo XVIII se caracterizó en primer lugar, por el predominio británico en los intercambios (legales o ilegales), predominio en el que bien pronto jugarían un destacado papel los comerciantes de las Trece Colonias, antes y después de su independencia. En ellas se expansionó constantemente, durante la centuria, la producción de ron de caña, para lo que era preferida, por ser más barata, la melaza de Saint Domingue. Para acabar con esta competencia los productores de azúcar de las Antillas británicas arrancaron de Londres, en 1733, la Sugar and Molasses Act, que prohibía a las colonias inglesas la importación de azúcar del extranjero. Acta que aceptaron pero no cumplieron los negociantes de la Nueva Inglaterra.

En segundo lugar, el siglo se caracterizaría por el tránsito de la hegemonía inglesa a la francesa en la producción de azúcar, en el mismo momento en que se doblaba la demanda mundial de este edulcorante, merced a la creciente aportación de la mitad francesa de Santo Domingo, donde fue tal la extensión del cultivo de plantación que en 1789 eran esclavos un noventa por ciento de la población; así, Saint Domingue se convirtió en el principal productor mundial de caña y Francia condujo a Europa cantidades crecientes de azúcar de las que un pequeño porcentaje se consumía en el mercado interno y la mayoría se reexportaba.¹⁰

En tercer lugar, por el arraigo aparentemente definitivo de la producción de plantación en las regiones españolas del Caribe, a remolque de la fase alcista de la centuria. Y en cuarto lugar, por la larga serie de guerras que dislocaron, sin perjudicarlo globalmente, el comercio atlántico. El agotamiento de la tierra en las posesiones británicas supuso que una de las aspiraciones inglesas en las mencionadas guerras fuese la conquista de otras Antillas para dedicar nuevas extensiones al cultivo de la caña, así como que se incrementara subordinadamente la producción en las Indias, para introducir el azúcar en el mercado británico como si fuera de sus colonias.

Toda esta situación sufrió de nuevo cambios muy notables en el último cuarto de la centuria. En primer lugar, la guerra internacional motivada por el secesionismo de las Trece Colonias significó alteraciones mayores que las provocadas por los conflictos anteriores; se cortaron bruscamente

10 Acerca de las plantaciones francesas del Caribe puede consultarse, de una amplia bibliografía, Debien (1974).

los intercambios entre las Sugar Islands y los rebeldes, lo que provocó crisis de producción y hambrunas en aquellas, la búsqueda por parte de las Antillas británicas de nuevos abastecedores de alimentos y animales vivos, y por parte de los Estados Unidos, de nuevos abastecedores de azúcar o de mieles para la elaboración de ron, así como de nuevos mercados para sus alimentos, sus manufacturados y sus esclavos. Unos y otros se encontraron en las Indias caribeñas. No debemos olvidar, sin embargo, que estos vínculos no se establecieron por estas fechas, sino que ahora se incrementaban y se legalizaban (por parte española en junio de 1777): existían desde mucho antes y eran doblemente clandestinos, ya que, oficialmente, las Indias no podían sino exportar a la Metrópoli y las Trece Colonias no podían elaborar ron.

En segundo lugar, Cuba se convirtió en uno de los principales productores mundiales de caña, estimulada por la demanda creciente de quienes antes se abastecían con la producción de las Sugar Islands, en especial Gran Bretaña y los Estados Unidos. En el caso norteamericano ello no se justificaba exclusivamente por la producción azucarera, sino también por las facilidades que el comercio con Cuba significaban para llegar al codiciadísimo mercado de la Nueva España.¹¹ En tercer lugar, la situación en el Caribe fue totalmente trastocada por la rebelión de los esclavos de Saint Domingue, que prácticamente acabó con su exportación azucarera.

Dentro de este panorama algunas regiones indianas no se limitaban a proporcionar clandestinamente a las Antillas no españolas mascabado que éstas enviaban a sus metrópolis como si hubiera sido cosechado en las mismas. Dado que en las colonias inglesas y francesas estaba prohibido el refinado final del azúcar mascabado, y que en las francesas y holandesas estaba prohibido elaborar las mieles y producir aguardiente de caña, para que éste no compitiera con el brandy francés y la ginebra de los Países Bajos, las Indias también proporcionaban, para el consumo directo y local, y de nuevo clandestinamente, azúcar blanco y aguardiente de caña. Y a raíz de la ruina de las Sugar Islands, el Trópico indiano se convirtió también en un importante abastecedor de mieles para las destilerías norteamericanas, que producían grandes cantidades de ron, elemento básico en el comercio triangular que abastecía de esclavos negros a los mismos plantadores.

11 Véase Izard (1979b: 136-151): Según Moreno Friginals (1964, I: 65 ss.) a partir de 1780 no sólo se estrecharon los lazos entre Cuba y los Estados Unidos, sino que, además, de éstos empezaron a llegar capitales que se invirtieron incluso en crear ingenios.

Las imprevisibles brusquedades en el comportamiento de los mercados, la gran vulnerabilidad de la agricultura de plantación ante el clima tropical, que fácilmente podía desbaratar la cosecha, y las dificultades provocadas por los conflictos políticos o militares (el Caribe, recordémoslo, fue el principal escenario de las luchas por la hegemonía europea y naturalmente por el control del comercio colonial), originaron la necesidad de producir por encima de la demanda estimable. Dado que demasiados factores podían perjudicar al comercio, los grandes plantadores intentaron zafarse de los riesgos buscando productores subordinados que les proporcionaran el fruto de sus cosechas si había tirones bruscos de la demanda, o que fueran los máximos perjudicados en momentos de atonía comercial por las causas que fuesen. Así, por ejemplo, se crearon lazos de dependencia entre plantadores indianos y plantadores de otras colonias europeas del Caribe. En relación con esta subordinación podríamos preguntarnos de nuevo qué porcentajes del azúcar comercializado en Francia como procedente de Saint Domingue, o del comercializado en el Reino Unido como procedente de sus posesiones, provenían en realidad de Venezuela o de otras regiones indianas. Sabemos que Santo Domingo (la mitad española de la isla), esencialmente ganadera, vendía buena parte de su producción pecuaria en la mitad francesa de la isla; pero con toda seguridad se extendieron en la primera ingenios clandestinos que suministraban azúcar a la segunda.

Como mínimo durante el siglo XVII y una parte del XVIII, ingleses, holandeses o franceses habían podido incrementar la producción organizando plantaciones en otras colonias que tenían o podían conquistar en América y, sin embargo, prefirieron obtener un suplemento en las Indias de Castilla. El sistema organizado no obedecía exclusivamente a razones económicas o a la dispersión del riesgo, sino también a políticas: las metrópolis diluían el peligro social evitando la concentración de un número excesivo de plantadores y, sobre todo, de esclavos, en sus áreas respectivas. Este sistema de productores subordinados pudo ser, en parte, una herencia, especialmente en el caso de los ingleses al suplantarse en sus redes comerciales a los holandeses, que se habían iniciado, desde la desértica Curazao, como intermediarios y no como productores. Y pudo ser, también, el resultado de unos vínculos mercantiles que, si en una primera etapa servían para intercambiar en las Indias negros o manufacturados por bienes alimenticios o ganado vivo, fueron drenando cada vez más otros frutos, en especial los netamente coloniales.

Dentro de cada una de las regiones indianas existía a su vez una subordinación de pequeños plantadores frente a los grandes lo que, obviamente,

se daba en cada cultivo, pero especialmente en el de la caña, el más extendido hasta finales del período colonial. Se daban en las Indias de Castilla figuras como los *lavradores de cana* brasileños: pequeños propietarios de tierra con algunas dotaciones de esclavos y de animales de tiro para arrastrar los arados que, al no disponer de planta de beneficio, llevaban su caña al ingenio vecino y recibían a cambio un porcentaje determinado del azúcar obtenido. Otra variante eran los pequeños agricultores subordinados que, como aparceros o arrendatarios, podían cultivar un área marginal de la gran plantación, beneficiando su cosecha también en el ingenio central.

Todas estas figuras se daban simultáneamente en una misma región. En un censo de los trapiches de Santander (Nueva Granada) levantado en 1670, aparecían 49 cultivadores de los que sólo 37 eran propietarios de esclavos, desde 1 hasta un máximo de 50, alcanzando una cifra total de 576 negros. De los doce restantes, la mitad eran ayudados por la esposa y los hijos, dos se valían además de algún mozo blanco, dos más utilizaban mozos o indios "forasteros", una tenía mozos y pardos finalmente, uno que era indio, alquilaba hombres blancos.¹² Brito Figueroa (1963: 363-368) ha señalado la existencia en Venezuela de pequeños cultivadores de cacao, mestizos, mulatos o negros libres, que en 1745 poseían el 2% de los cacaoteros de las regiones centrales de la provincia de Caracas.

Una variante que podemos considerar cualitativamente distinta son los pequeños propietarios productores de otros frutos expulsados de sus feraces tierras por la avasalladora expansión de un cultivo extensivo y devastador como el de la caña, que no sólo exigía (por el empobrecimiento del suelo) nuevas tierras para los viejos ingenios, sino además mayores extensiones cultivadas para cada uno (debido a los progresos técnicos). En Venezuela, concretamente, durante un largo período los plantadores produjeron azúcar, cacao, etc., en las llanuras fluviales, mientras pequeños campesinos más o menos independientes habían sido marginados a las laderas, de las que fueron desalojados cuando los cambios producidos en el Caribe a finales del siglo XVIII ocasionaron en esta región de las Indias el boom del cafeto, arbusto que se extendió por las llanuras, en detrimento del cacao como ya he dicho, pero sobre todo por las vertientes. Una parte de los desalojados fueron arrojados de nuevo a tierras peores o más alejadas de la costa y de las áreas de consumo. Otra

12 Censo reproducido por Jaramillo Uribe (1968: 82-85, acerca de pequeños campesinos subordinados, véase también 72-73); en cuanto a los indios forasteros, véase Sánchez-Albornoz (1978: 225).

parte fueron obligados a trabajar, como asalariados, en las mismas tierras que ya cultivaban como propietarios.

Las relaciones entre los distintos grupos sociales que intervenían en la producción de caña degeneraron frecuentemente en conflictos de intereses o en luchas de clases. No fueron siempre cordiales las relaciones entre los propietarios de esclavos y algunos gobernantes locales, plausiblemente fueron más frecuentes los conflictos entre quienes controlaban la producción y quienes manipulaban los intercambios o entre plantadores principales y plantadores subordinados, vinculados a metrópolis diferentes; unos y otros deseaban colocar su producción en las mejores condiciones posibles, lo que necesariamente degeneró en antagonismos más o menos violentos. Dentro de cada región indiana se repetían estos enfrentamientos, algunas de cuyas principales características ha señalado Mintz: en el caso concreto de Puerto Rico, grandes y pequeños propietarios, al margen de su perpetua dicotomía, coexistían en una especie de simbiosis social ya que se complementaban, y unos necesitaban de los otros; los pequeños podían comercializar sus mínimas cosechas a través de los grandes, a quienes ofrecíanse como asalariados en los momentos de máxima necesidad laboral en las plantaciones, con lo que los primeros podían completar sus limitados ingresos. El mismo hecho de que estos subordinados debieran colaborar en los momentos álgidos del beneficio, exigía que desarrollasen sus actividades en zonas climáticas ligeramente diferentes, a fin de que no coincidieran exactamente, en unas y otras, los períodos en que debía utilizarse toda la mano de obra disponible. Obviamente, las diferencias entre las tierras ocupadas por ambos grupos no eran exclusivamente climáticas, sino que los privilegiados acaparaban siempre las mejores por la calidad del suelo y por su ubicación, tendiendo preferentemente a ocupar las tierras bajas y los valles intramontanos. Por otra parte, los grandes propietarios controlaban, más o menos directamente, el poder político colonial, de lo que derivaban ventajas para sí en detrimento de los demás, adjudicándose las mejores tierras cuando la demanda presionaba la expansión de los cultivos, teniendo mejor acceso a las fuentes de capitales o monopolizando todos los recursos útiles disponibles. El rápido desarrollo de las plantaciones — como mínimo a partir de mediados del siglo XVIII — supuso la marginación “legal” de los cultivadores *squatters*, que en la mayoría de los casos se vieron compulsados a pasar a las plantaciones como asalariados (Mintz 1967: 93-95).

Mucho más violentos que estos conflictos de intereses, fueron las luchas de clase que enfrentaron tanto a grandes como a pequeños propietarios con sus esclavos. Y tanto si la legislación indiana era más benigna o más

drástica, tanto si la demanda era o no la culpable de la sobreexplotación de los esclavos, éstos eran castigados cruel y severamente por las faltas más leves, por la sencilla razón de que en las regiones de plantación la población africana era muy superior en número a la blanca y ésta sólo podía mantenerse por el terror.

Las formas de revuelta de los esclavos eran de muy distintos tipos y una de las pasivas consistía en la huida; los que conseguían escapar a sus perseguidores podían intentar sobrevivir aislada o colectivamente en cumbes o palenques. Hacia 1585 existía uno en las cercanías de la laguna de Maracaibo en el que los fugitivos eran dirigidos por uno que se hacía llamar mariscal Castellanos; habían fortificado su poblado con empalizadas y levantado siete fuertes en su interior — hasta tal punto que los soldados enviados a liquidarlo lo bautizaron con el nombre de Nueva Troya —, y habían llegado a tal grado de sincretismo que uno de ellos se cubría con un sobrepelliz, decía celebrar misa y bautizaba a los recién nacidos.

Poco más tarde, hacia 1600, se desarrolló en la gobernación de Cartagena uno de los palenques más estudiados de las Indias, el de San Basilio. Tenían sus propias autoridades, celebraban sus fiestas, se reunían en cabildo y practicaban alguna especie de culto religioso. Había sido organizado por el negro Dionisio Bioho en las cercanías del pueblo de Mahates; las autoridades coloniales intentaron inútilmente reducirlos por la fuerza, y hacia 1612 se vieron en la necesidad de reconocerlos como libres y concederles cierta autonomía. En 1772, el obispo de Cartagena describía todavía el mencionado palenque, señalaba que se les había respetado con la condición de que no admitiesen nuevos esclavos prófugos, que por aquellas fechas albergaba a 178 familias, que hablaban una jerga peculiar aunque entendían el castellano, y que tenían de entre ellos una máxima autoridad política y otra militar, así como un alcalde.

El mismo Jaramillo, de quien he tomado los datos anteriores, piensa que entre 1750 y 1790 fue tal la conflictividad en todo el virreinato de la Nueva Granada que pudo producir la impresión de que se había llegado a un acuerdo entre los esclavos de distintas regiones para llegar a una rebelión general, pues hubo levantamientos en la costa atlántica, Panamá, Chocó, Antioquia, Cauca, Cundinamarca y los Llanos (Jaramillo Uribe 1968: 59-71).